

good young scholar, Bédier wished to pass “une autre décisive épreuve, à savoir si j’ai vraiment en moi la capacité de travailler utilement à une tâche scientifique” (128). Such insecurity is, of course, an almost universal trait in our profession, and it should serve us as a good prophylactic.

The exchange of letters between Joseph Bédier and Gaston Paris teaches us much about their personalities, their opinions, their judgments, and their hopes—justified or unjustified. Thanks to the superior editorial apparatus, it provides us with even more: the copious and carefully written notes offer important insights into the late nineteenth-century history of our discipline.

PETER F. DEMBOWSKI, EMERITUS  
*University of Chicago*



BLASCO FERRER, EDUARDO. *Paleosardo. Le radici linguistiche della Sardegna neolitica*. Beihefte zur *Zeitschrift für romanische philologie*, Band 361. Berlin & Nueva York: de Gruyter, 2010. Pp. 243.

La tesis principal del libro que aquí comentamos, consiste en la identificación para Cerdeña de un substrato lingüístico de naturaleza muy afín al vascuence históricamente bien conocido y asimismo afín a lo que hoy podemos rescatar de la antigua lengua ibérica, lenguas ambas aglutinantes habladas en la Península Ibérica al menos desde época romana: “Il sostrato paleosardo, nella sua configurazione primitiva, è riconducibile a una popolazione paleoispanica, e in particolare protobasca, responsabile della fisionomia appunto basco-iberica dei microtoponimi della Sardegna soprattutto centro-orientale” (48).

Esencialmente la fundamentación de dicha tesis se encuentra en la toponimia, sobre todo en los microtopónimos concentrados en la zona centro-oriental de Cerdeña, zona generalmente considerada por motivos antropológicos, arqueológicos o lingüísticos como especialmente conservadora o incluso arcaica. Con una metodología robusta el autor de esta propuesta, el conocido romanista Eduardo Blasco Ferrer, procede no sólo a ir aislando los diversos componentes aglutinados sino a verificar, siempre que ello sea posible, el referente semántico del topónimo: las coincidencias resultan a veces impresionantes, pasmosas y, cualquier que sea la ponderación final del material, no puede negarse que al menos aparentemente existen importantes convergencias toponímicas peninsulares y transpeninsulares entre las antiguas *Hiberia* y *Sardinia*.

El libro —en lo formal criticable sólo por haber sucumbido a la moda de venir editado con un tamaño de fuente casi minúscula— se acompaña

de todo el material científicamente exigible para presentar este tipo de investigación: buenos índices, mapas, fotografías . . . y en el contenido atiende no sólo a la recopilación y evaluación de ese material lingüístico anindoeuropeo sino también a su interpretación, aspecto este que, como después veremos, acaso constituya la parte más problemática de la obra.

**Evaluando con los cuatro prerrequisitos.** Dada la amplitud e interdisciplinariedad de los conocimientos aquí implicados, se hace muy difícil juzgar con total competencia y, por tanto, con la suficiente objetividad una propuesta tan *ardita* cuanto densa y compleja. Reconocemos, desde luego, que para juzgar con mayores criterio y ponderación a nosotros nos faltaría al menos la visión de un romanista. A todo ello se añade la intrínseca dificultad de toda reconstrucción lingüística, la cual de modo inevitable comporta elementos hipotéticos y especulativos. En todo caso, a la hora de poder evaluar más objetivamente y sin los inevitables prejuicios este tipo de investigaciones de lingüística *forense* o reconstructiva que se hallan en la misma opaca frontera entre la Historia y la Prohistoria y a causa de la ingénita imposibilidad para comprobar empíricamente sus resultados, nosotros hemos propuesto ya en otros lugares un protocolo metodológico consistente en evaluar la nueva teoría a la luz de un cuádruple requisito, de plurifundamentación, pluridisciplinariedad, productividad y predictividad. Pues bien, cabe de inmediato decir que, en mayor o menor medida, la propuesta de Blasco cumple sobradamente los cuatro prerrequisitos. No se trata, pues, de una nueva fantasía de tantos aficionados a buscar *parentela* al vascuence, sino de un trabajo bien fundamentado y redactado desde las pautas más exigentes de la moderna ciencia lingüística.

En efecto, aunque entre el material presentado, por meras razones de objetiva índole estadística y como suele acontecer en la lábil disciplina toponomástica, ni serán topónimos *paleosardos* —*id est*: los que se dejan fructíferamente cotejar con los vasco[-ibérico]s— todos los que aquí están recogidos, ni estarán aquí recogidos todos los topónimos paleosardos que son, la cantidad de material es, con todo, suficiente —plurifundamentación— como para que, pese a la presencia de ejemplos más o menos dicutibles, no pueda negarse la existencia de un ingente *corpus* de topónimos sardos con posible explicación etimológica desde el vascuence o eventualmente desde el ibérico, lengua mucho menos conocida.

En cuanto a la pluridisciplinariedad, la hipótesis planteada como explicación del origen de ese material lingüístico es, en efecto, en principio, por razones arqueológicas, genéticas, geográficas o [pre]históricas, compatible con lo aportado por las correspondientes disciplinas, desde las cuales en muchas ocasiones se ha enfatizado la privilegiada relación entre la segunda mayor isla y la segunda mayor península del Mediterráneo.

La propuesta es además también productiva —y quizá en un grado mayor del intuido o supuesto por el propio autor— por cuanto su aplicación permite la explicación de hechos muy diversos: desde la comprensión

del único texto ibérico, conservado en Cagliari (X.0.1 en la clasificación de Untermann 1990:660–661) y hasta ahora la única epígrafe supuestamente encontrada fuera del territorio histórico de los iberos —la España mediterránea y algo del cercano *midi* oriental francés— hasta la contextualización de una inscripción de época romana (Piras 2004) procedente de Ardara, en el cuadrante nordoccidental de Cerdeña, conteniendo dos nombres, uno [B]IHONIS bien interpretable como aquitano —*id est*: antiguo *vascuence*— (Fernández 2009) y otro, un nominativo [O]RGOETA u [O]RCOETA, interpretable además como ibérico (De Faria 2005:285 y 2007:224–225). La constatación por Michelena (1995:142) de que el *vascuence* poseería “a vowel system of the Sardinian type” es también elocuente de la posibilidad de ir encajando las piezas del rompecabezas, así como la afinidad en el tratamiento de las vocales iniciales que señalaba este mismo ilustre vascólogo: “the results are reminiscent on this point of the situation in Sardinian” (Michelena 1995:153).

El requisito de predictividad de la hipótesis —*pedra de toque* bastante decisiva pero en principio no exigible, ya que puede aparecer de modo espontáneo *a posteriori*— lo encontramos también ya en esta obra. Así, por ejemplo, la propuesta de identificar un lexema toponímico *bar-* (70 y 118), aparentemente en relación con cuencas fluviales, hallaría refrendo, nos había parecido ya a nosotros antes de conocer el trabajo de Blasco, en formas cuales *Barbesula* (*Corpus Inscriptionum Latinarum* 2,1941: BARBESVLANI; Mela 2,5,94; Plinio, *Naturalis Historia* 3,3,7 y 3,3,15; Ptolomeo, *Geographia* 2,4,6 y B2,4,7: Βαρβήσολα ciudad y río; para *-bes-* como segundo posible segmento *cf.* Mela 2,5,94 y Plinio, *Naturalis Historia* 3,3,7 o 3,3,15: *Baesippo*; Ptolomeo, *Geographia* 2,4,10: Βασιπιπώ; *Itinerarium Antoninum* 408,1: *Besippone*; *Itinerarium Rauennatis* 306,1: *Bepsipon*), puerto identificado con la actual *Barbate* —con las bases *\*bar-* e incluso *\*bais-* o *\*bait-* como posibles componentes— en Cádiz (Corzo 2001:99; *cf.* *Barbariana* en el *Itinerario Antonino* 406,2 o *Sabesola* o *Bamaliana* en la “Cosmografía” del anónimo de Ravena 305,8 y 305,1 respectivamente?; *cf.* también los actuales topónimos *Barbacena* en Elvas, Portugal, o *Barbaño* en Badajoz, España?) o *Barbetium* (Avieno, *Ora Maritima* 425), topónimos todos ellos —bien es cierto— de ámbito meridional, pero que permitirían reconocer una relación con el ibérico por su posible cotejo con nombres de lugar ibéricos o también meridionales cuales el *Besilus* (Avieno, *Ora Maritima* 320), río identificado también con el moderno *Barbate*, ya al menos desde Adolf[o] Schulten (1922:107) y naturalísimamente con el bien documentado nombre del río *Baetis* o actual Guadalquivir y con la localidad —identificada habitualmente con Badalona (Untermann 1975, I:186)— y el río —identificado habitualmente con el Besós— de *Baetulo* (BAIToLO A.8 en la clasificación de Untermann 1975, I:186 y II 43; *CIL* 4606–4608: BAETVLONENSIVM; Mela 2,5,90; Plinio, *Naturalis Historia* 3,4,22; Ptolomeo, *Geographia* 2,6,18: Βατουλών; para el lexema ibérico *cf.* también ver-

bigracia BaITeS $\check{S}$ i y BaITeS $\check{S}$ Ī, ambos en C.2.3; Untermann 1990:41–44) o ya en ámbito transpirenaico *Baeterrae* (Plinio, *Naturalis Historia* 3,4,36; Estrabón 4,1,6: Βαῦτερα; Ptolomeo, *Geographia* 2,10,6: Βαυτραλ).

Igualmente, por ejemplo, la reconstruida existencia de un cambio en inicial \*/d- > l-/ propuesta para la protohistoria del vascuence (Michelena 1990:257–258; Lakarra 2006:567–570) resultaría ahora documentada, de aceptarse varias equiparaciones de Blasco, como verbigracia *Durunele* (108). Asimismo la teoría de una reduplicación de la base o raíz inicial (Lakarra 1995:201; Gorrochategui y Lakarra 2001:412; Lakarra 2005, 2006 y 2009 *inter alia*) para una fase protohistórica del vascuence encontraría también confirmación en diversas equiparaciones de Blasco como, por ejemplo, *Dodoliai* (103–104). Así, significativamente, el requisito predictivo, el menos exigible en la primera fase de enunciación de un nuevo paradigma explicativo, resulta ser probablemente el punto más sólido de la propuesta de Blasco Ferrer.

La interpretación, en términos de física realidad protohistórica, de este material por parte de su descubridor consiste esencialmente en la propuesta, argumentada desde la pluridisciplinarietà, de una suerte de colonización neolítica desde las costas mediterráneas de la Península Ibérica, posiblemente en razón sobre todo del comercio de obsidiana. Es prácticamente esta la única explicación posible desde los parámetros —aquí totalmente obsoletos en opinión de, cada vez, más investigadores— de la tradicional lingüística indoeuropea; baste al respecto decir que aquí se aducen libros tan desfasados como los del estructuralista, laringalista —por no decir: además *preflexionalista*— e invasorista español Rodríguez Adrados (2008:111–122), a quien se remite para “la visione globale d’una Sardegna staccata durante tutto il suo percorso neolitico da fitti rapporti con i focolai di cultura indeuropea, che dopo il III millennio via via si espansero da Oriente a Occidente coinvolgendo l’Europa centrale e poi occidentale”. Un diseño histórico que a los seguidores del denominado *Paradigma de la Continuidad Paleolítica* nos parece pura fantasía, un auténtico disparate. En ese sentido sorprende también que un estudioso tan innovador en el ámbito románico se sume a las posiciones más fundamentalistas y ultratradicionalistas al mencionar el invasorismo curgánico —nueva fantasía arqueológica, esa “misteriosa diáspora”, como reconoce el propio Blasco (146)— de Marija Gimbutas y su último *apóstol* James Mallory como una de las “due teorie principali oggi piú accreditate” (16). La frase todavía hoy es probablemente objetiva, pero es dramático que Blasco acepte el hecho sin crítica alguna o se sume al férreo dogma del nefando estructuralismo de *la langue par la langue* al secundar su suficiencia supremacista: “la ricostruzione linguistica pone problemi di primo piano per la ricostruzione extralinguistica [ . . . ] ma resta fermo il principio sovrano che la prima è indipendente dalla seconda e in ogni caso prioritaria” (29–30), pero ¿cómo puede la lengua ser independiente del hombre, la sociedad o

su devenir si las lenguas no existen sin hablantes? Por suerte, lo que Blasco acepta como acreditado y garantizado para otra disciplina, no lo acepta para su propia disciplina, sino que, antes bien, se preocupa en *armar* y sustentar su propuesta en datos extralingüísticos, como sobre todo la arqueología y la genética de poblaciones.

En cualquier caso, desde aquel nuevo y emergente paradigma que propone cronologías mucho más dilatadas y flexibles para los orígenes de las lenguas de Europa, la premisa básica es que lo normal debe de ser lo extenso y compacto (= indoeuropeo) y esto mismo debe de ser lo antiguo, mientras que lo excepcional debe ser lo reducido y aislado (etrusco, ibérico, húngaro, vascuence . . . ) y esto mismo debe de ser lo reciente. La aplicación al caso europeo de dicha premisa supone el plantearnos la posibilidad de que lo antiguo —probable o mayoritariamente paleolítico— sea lo indoeuropeo, y lo reciente —probable o mayoritariamente neolítico— sea lo anindoeuropeo.

O por desconocimiento o más bien por no explicitado rechazo a las nuevas propuestas de retrodatación lingüística, la posición de Blasco sobre estas cuestiones es, como acabamos de ver, la de un puro tradicionalista, pero tal como nosotros hemos querido contemplar su propuesta sin prejuicios, haría bien él en *sprejudicadamente* plantearse asimismo otra posible interpretación protohistórica de sus datos en clave distinta al furibundo invasionismo de superiores guerreros indoeuropeos.

**De las Vascongadas a Cerdeña — o viceversa.** Al respecto parece *a priori* muy significativa la interpretación de lo que aparentemente es el lexema estrella de la comparación vasco-paleosarda: *-mele*, forma que Blasco repetidas veces coteja tanto con el vascuence *beltz* ‘negro’ como con el aquí más próximo ibérico *-BeLEŠ*, con supuestamente idéntico valor, valor que sería el mismo también para la forma paleosarda en razón sobre todo de la regular aplicación a referentes con tal tonalidad cromática. Ahora bien, cualquier iberista objetivo rechazaría, con los datos actuales, esa interpretación por la sencilla razón de que sin excepción la forma sarda aparece siempre con una nasal, /m/ o a veces /n/, mientras que la forma ibérica sólo aparece muy excepcionalmente con [m] y siempre dentro de un proceso, bien demostrable, de una asimilación del grupo /nb/, de modo que tenemos \*[-nb- > -m-] y además en principio sólo en interior de palabra. Es el conocido caso, entre otros, de los *ORDVMELES* y *TVRTV-MELIS* del denominado *Bronce de Ascoli* (*CIL* 1,709), formas fácilmente restituibles como compuestas de los lexemas ibéricos *ORTiN-* y *TuŕTiN* más nuestro *-BeLEŠ* (Quintanilla 1998:196–197). Por lo demás, la /b/ es regular en ibérico y, por supuesto, en vascuence para esta supuesta común raíz. Así las cosas, habría que suponer que una antigua y originaria /b/ vasco-ibérica habría espontáneamente pasado a /m/ en territorio sardo y de manera absoluta al menos en el término implicado sin que, por supuesto, se transluzca a primera vista motivo alguno para tan radical cambio.

Aquí la hipótesis concreta de Blasco carece, pues, de plurifundamentación . . . pero, otra vez, no de una cierta e inquietante predictividad si uno tiene en cuenta que una harto llamativa singularidad fonológica compartida, como tantas otras, por el ibérico y el vascuence consiste en la inexistencia de un fonema /m/ independiente de /b/, ya que en estas lenguas a todas luces un valor [m] es regularmente interpretable como una alofona de /b/. Es decir, si la equivalencia propuesta por Eduardo Blasco es correcta —y parece, desde luego, bien verosímil— otra manera de conciliar los hechos sería planteándonos la posibilidad de que la raíz sarda con /m/ sea . . . la antigua. Ahora bien, en tal planteamiento es, otra vez, poco verosímil que tanto vascuence como ibérico evolucionaran conjuntamente *in situ* —esto es, en territorio peninsular y después de haber colonizado Cerdeña y dejado bien implantada la forma con /m/ inicial— sin dejar ni un solo rastro de la original \*/m/ más que en la insular periferia, mientras que la interpretación contraria conformaría una hipótesis más simple y más productiva. Veamos.

Puesto que la ausencia de /m/ en los repertorios fonemáticos es un hecho bastante insólito —*bastante* decimos, porque en el grupo túrcico hay también ejemplos de confusión sobre todo también en inicial— cabe suponer que —cercanas o distantes— originariamente las hablas tanto de las que procede el vascuence cuanto [de las que procede] el ibérico, contarán con aquel fonema \*/m/. En tal caso, nuevamente la hipótesis más simple es suponer que su desaparición se debió a una confusión con el fonema /b/, que es lo históricamente documentado, como probarían sin más las diversas adaptaciones del fonema desde otras lenguas, tal como verbigracia unos foráneos antropónimos *Comagius* u *Oxiomarus* devendrían CoBaCiE (B.1.53) y OŠIOBaRE (B.1.59) en ibérico (*uide* Quintanilla 1998:195) o tal como la raíz románica *molin* —‘molino’ acaba en un base toponímica *Borin*— en vascuence (Michelena 1990:268), de suerte que de tal guisa se *solucionaría* una importante anomalía tipológica del vascuence y del ibérico. Por otro lado, la base léxica resultante \*/mel- guardaría una inquietante similitud con el homosémico término helénico μέλας ‘negro’.

Todo esto en el buen supuesto de que el *-mele* sardo fuera efectivamente equiparable a las citadas formas vascónica e ibérica, pues conviene dejar un margen de cautela a este asunto, ya que, por otra parte, para que aquella equiparación funcionara, hay que aceptar —aunque tampoco falten argumentos para ello— que *-nele* sería una mera variante de la originaria *-mele*, pese a que “s’è rivelata la piú produttiva nella Sardegna centro-orientale, dando via a centinaia di microtoponimi” (121).

En esa misma perspectiva de considerar anteriores los registros más conservadores o arcaicos del paleosardo entrarían también casos cual el citado mantenimiento de *d-* inicial antes de pasar a *l-*. Muy ilustrativas al respecto podrían ser las bases toponímicas paleosardas *des-* y *dur-* (73, 103 y 108) como equivalentes a las actuales formas vascónicas *leze* ‘abismo-

caverna' y *lur* 'tierra', significados —nótese— ciertamente muy propicios para ser incorporados en el léxico toponímico. O también, por citar evoluciones indisputables para la diacronía lingüística vascónica, el mantenimiento de *-n-* intervocálica en el *paleosardo*, como verbigracia en el posible caso de *Goni* (104–105).

Así pues, antes de aceptar el supuesto de que antiguos, antiquísimos aquitanos (*id est*: vascos) o iberos habrían llegado con un registro arcaico de sus hablas al congelador lingüístico de Cerdeña y sólo aquí se habrían conservado muchas palabras en su prístina forma, cabe contemplar también la más simple posibilidad de que en Cerdeña se hubiera conservado un estadio anterior de esas lenguas por la sencilla razón de que la isla representaría una estadía anterior de las poblaciones hablando esas lenguas. Lo cierto es que al proyectar la naciente lingüística indoeuropea del s. XVIII el modelo histórico de expansión del latín —casi el único que conocían— aquella contribuyó a crear el mito de considerar indisputable el que el anindoeuropeo vascuence, como superviviente a la latinización *siue* indoeuropeización, sería un relicto lingüístico previo a toda indoeuropeización. Sin embargo, como se está viendo cada vez con más argumentos, “considerar a los vascones como indígenas y a los ‘otros’ como invasores, sólo responde a un mito anacrónico, pues está contra todas las evidencias, ya que [ . . . ] son las poblaciones indoeuropeas las que parecen ser más antiguas en el País”, como al menos para la cuestión geográfica apunta bien Martín Almagro-Gorbea (2005:17; escrito *Corbea* en Blasco 2010:166).

La hipótesis *rovesciata* de un desembarco en las costas levantinas de la Península Ibérica de gentes venidas, verosímilmente vía las Baleares o eventualmente vía Córcega, desde Cerdeña sería también congruente con el detalle de que es esencialmente la microtoponimia la que proporciona el *corpus* de este material lingüístico, pues los diversos especialistas parecen de acuerdo en que los microtopónimos suelen más bien deberse a sobrestratos que a antiguos substratos; bastaría al respecto citar los trabajos para Canarias por Trapero, según el cual “los nombres guanches [ . . . ] casi son inexistentes en la microtoponimia” (1999:182) o para la hidronimia de la antigua Gallaecia por Moralejo (2009:43), para quien “la gran mayoría de los hidrónimos de la que fue Gallaecia es prelatina [ . . . ] Lo prerromano no escasea en la hidronimia menor, que, como es natural, ya registra abundancia de lo latinorrománico”.

Esta hipótesis alternativa sería igualmente compatible con los datos arqueológicos que cada vez enfatizan más el papel de las poblaciones orientales —de origen anatólico en última instancia— en la extensión del Neolítico por el Mediterráneo (agricultura, ganadería, sobre todo en forma de pastoreo, minería . . . ) y con los datos genéticos que apuntan hacia esa misma dirección.

**Antiquísima presencia de celtas.** Pero si esta reversión del origen geográfico del paleosardo es pura hipótesis alternativa por desarrollar *spregiu-*

*dicatamente*, nos parece que mucho menos hipotética es —naturalmente, haciendo caso omiso de las fantasmagóricas invasiones indoeuropeas por oleadas— la presencia de un elemento céltico en Cerdeña, al que preferimos denominar *celtoide* tanto para subrayar su milenaria continuidad cuanto para evitar extemporáneas asociaciones con el céltico de época ya plenamente histórica. Elemento celtoide, pues, que contaría con buenas evidencias arqueológicas y lingüísticas, asunto ya magistralmente desarrollado por Mario Alinei (2000:641–688) y plenamente congruente con la propuesta —independientemente secundada apenas un año después por Barry Cunliffe (2001)— de un origen atlántico para las lenguas célticas. Y en efecto ¿qué problema habría en aceptar que *Caralis*, hoy *Cagliari*, pueda contener una comunísima base celtoide *\*kar-* ‘piedra’ y no una fantasmagórica base de una lengua anterior o colateral a lo indoeuropeo? Máxime cuando con “la metallurgia, la parte della Sardegna che si apre ai navigatori è il golfo di Cagliari”. Así pues, esta duradera relación, asociada al megalitismo y además al complejo cultural campaniforme (Alinei 2000:643–644 y 653–654), de protoceltas con Cerdeña explicaría no sólo la presencia en Cerdeña de antiguos fenómenos lingüísticos, como la lenición consonántica, sino también la posición, en la zona centro-oriental, del denominado *paleosardo*, geoglotológico problema que en la interpretación blasquista queda por elucidar, al concentrarse la documentación lingüística afín a la vasco-ibérica en el área justamente más lejana geográficamente a la peninsular. Lo lógico es que los que vinieran de Occidente se asentaran preferentemente en la parte occidental de la isla y los que vinieran de Oriente, en la oriental y no quiasmáticamente viceversa.

Ahora bien y siempre en la hipótesis de una colonización neolítica de origen oriental, este *paleosardo* conformaría efectivamente, como bien quiere Blasco, “le radici linguistiche della Sardegna neolitica”, pero no sería, a tenor de la continuidad arqueológica documentada para la isla desde el Paleolítico Superior su primer substrato. De hecho, el propio Blasco (162) acepta un *substrato pre-paleobasco premesolítico* y otro *substrato pre-paleobasco mesolítico* procedentes de Iberia —ergo serían estos los verdaderos substratos lingüísticos de la isla— pero el *corsé* tradicional le impide siquiera considerar que estos elementos pudieran ser indoeuropeos y mucho menos relacionados con los históricos pueblos célticos. En todo caso, como vemos, cuadra muy bien con el general diseño interpretativo esbozado por el propio Blasco la antiquísima presencia de elementos lingüísticos celtoides, arribados desde la Península Ibérica ya al menos en el Mesolítico, y dentro de un contexto de contactos repetidos. Incluso podría haber habido aún un substrato anterior, el verdadero primer estrato lingüístico, ya que nos parece todavía válida la propuesta de Alinei (2000:641–643 y 687–688) de un primer substrato indoeuropeo y de carácter después *italoide* —es decir, afín a las hablas indoeuropeas de Córcega e Italia— para Cerdeña, de modo que, en la clásica presentación



del maestro de Turín, sólo habría que incluir, probablemente después lo italoide y lo celtoide, ese hasta ahora *disturbante* segmento anindoeuropeo, que parece definitivamente identificado en cuanto a su naturaleza —aglutinante— y su relación —vasco e ibérico— por Blasco, claro que, en tal caso, ya no sería verdaderamente el primer o más antiguo substrato lingüístico de Cerdeña.

Al respecto tampoco podemos estar de acuerdo en adjudicar a los vascos la característica genética del haplótipo V, como ya quedó bien expuesto por Villar (2005:409–414; ítem Almagro 2008:51–52 y 63–64), haplótipo que —cada día esta más claro— ha de asociarse a las poblaciones de hablas históricamente célticas, de hecho “La frecuencia del haplotipo J que ofrece la población antigua del País Vasco indica un impacto genético del Neolítico similar al experimentado por otras poblaciones europeas” (Almagro 2008:107). Blasco (20, n. 44 y 46, n. 36) conoce bien la básica bibliografía que impugna la *vasquidad* de dicho haplótipo, pero aquí se atiende, como era de esperar en alguien cercano a las posiciones *gimbutianas*, a la doctrina tradicional, la cual, entre otras dramáticas consecuencias, ha tenido la de desvirtuar el excelente trabajo de Oppenheimer (2006) o propiciar los fantasiosos excesos *panvascónicos* de Vennemann (1994). Tras todo esto está siempre el inveterado prejuicio de que “Basque, as is commonly believed, is the last surviving pre-Indo-European language in Western Europe” (Trask 1995:91). Aunque la idea tardará seguramente en imponerse, no cabe duda de que hoy la premisa básica y más obvia es aceptar que el pueblo responsable de la gran expansión por la Europa occidental desde el *refugio* ibérico y al final del último período glacial, no fue el antepasado de los vascos sino el de los cántabros, los cuales, aunque instalados también en lo que milenios después sería el País Vasco, hablarían muy probablemente una lengua celtoide. Y, naturalmente, esta expansión postglacial llegó a Cerdeña, lo que se manifestaría además arqueológicamente en los dos aspectos citados de megalitismo y cultura del vaso campaniforme últimamente asociados a la continuidad lingüística atlántica —*id est*: celtoide— con sólidos argumentos por Alinei y Benozzo (2008a, 2008b, 2009). Además, como observa Alinei (2000:675), en Cerdeña precisamente “il centro-est montano non fu raggiunto dal Campaniforme”. También aquí los datos cuadran.

Por otra parte, está, en fin, el propio testimonio lingüístico de Cerdeña y no nos referimos ya a secuencias, como aquellos finales en *-anca* y *-enca* (49) que en el ámbito de la actual filología arqueoibérica se explican sin mayores problemas como formas hispanocélticas y a partir de secuencias como *-ánik-* o *-énik-*, es decir, con el habitual suplemento adjetival *-ik-* (o eventualmente *-ak-*) tan común en celtibérico, sino a formas cuales *balma* o *\*sal-* (28), el celtoide *\*pal-* (149–150) con /p/, naturalmente, sin complejos, el *\*gall-* de los mismos *GALLIL[L]ENSES* recogidos por Blasco (39); *nota bene* una posible segmentación híbrida *\*Gall-ilenses*; *cf.* notoriamente

*Celt-iberi*) o a casos tan flagrantes como *nava* (74, 126 y 149) y derivados, que todavía hoy son palabras plenamente vivas en muchas hablas hispánicas y no precisamente las de la zona con mayoritaria presencia histórica de vascos o ibéricos. A esta misma línea de lexemas de tradición celtoide cabe asignar sin demasiada dificultad bases cuales *donn-* y hasta *dol-* (71). En suma ¿hasta cuándo la miopía de la teoría indoeuropeísta tradicional podrá seguir negando lo evidente: que *\*kar-* es una raíz celtoide sin más? Celtoide hay en Cerdeña, y bien antiguo.

Este anticeltismo, generado por la aceptación de las tardías cronologías propuestas por el dogma recibido para la *res indoeuropaea*, propicia así que a veces Blasco no vea la posibilidad de reconocer elementos celtoides allí donde también podría haberlos. Ante un topónimo, por ejemplo, como, *Pappalope* Blasco (150), antes de aceptar una segmentación tipo *-lope* o *-ope* que aislarían un lexema indoeuropeo, prefiere una segmentación con *-pe* para hacer homologable el segmento al sufijo toponímico *-be* '[de] bajo [de]' del vascuence, sólo que en este idioma la forma con [p] aparece de modo regular tras consonante sorda y merced a un proceso de asimilación.

Cerdeña sería, así pues, en lo lingüístico como una especie de *Hispania* en miniatura, con su occidental parte indoeuropea y céltica y su oriental parte anindoeuropea, ibérica y vascónica.

**Provisional balance anapodíctico.** En verdad elogiable la honesta actitud científica de Blasco al no omitir las dificultades de la empresa en este o aquel punto concreto: “non posso tacere che sul piano ricostruttivo ci sono dei problemi ancora non risolti” (116, n. 95). El dialogante espíritu que la ciencia exige en estos casos es asimismo humildemente aceptado por Blasco (159): “questo lavoro non può che considerarsi provvisorio, e le sue conclusioni di conseguenza devono essere tutt'altro che apodittiche”. En ese mismo sentido y con no menor humildad por nuestra parte deben considerarse las observaciones, a favor o sobre todo en contra, aquí expuestas.

En suma, aunque muy lógicamente pueda haber bastantes discrepancias de detalle en la adscripción lingüística de los topónimos, mérito verdaderamente mayúsculo de este investigador es haber identificado un contingente de voces lo suficientemente importante y representativo como para dejar establecida con solidez una relación de esa [micro]toponimia con el vascuence históricamente conocido y con lo poco que podemos hoy restituir con certeza de la antigua lengua de los iberos. Otra cuestión es la interpretación de ese material, que iría desde un mínimo explicativo por la presencia de colonos aquitanos en época romana, en la línea de la citada epígrafe de Ardara —hipótesis hoy que parece la menos plausible— pues documentada la presencia de una *cohors Aquitanorum* en el territorio (161) con otras tres o, más probablemente, cuatro testimonios epigráficos (Piras 2004:1549), hasta el máximo explicativo de un verdadero estrato

a causa del poblamiento de la isla por los que después serán aquitanos y quizá también iberos. Claro que en esta segunda opción maximalista honesta y modestamente no vemos nosotros que pueda hoy descartarse una dirección de poblamiento inversa a la señalada por Eduardo Blasco en este verdaderamente valiente, inquietante, novedoso y extraordinario trabajo.

XAVERIO BALLESTER  
Universitat de València

### Sigla

*CIL. Corpus Inscriptionum Latinarum* (Mommsen et alii 1863–1916)

### Obras citadas

- ALINEI, MARIO. 2000. *Origini delle lingue d'Europa*, II: *Continuità dal Mesolitico all'età del Ferro nelle principali aree etnolinguistiche*. Bologna: Il Mulino.
- ALINEI, MARIO y FRANCESCO BENOZZO. 2008a. "Megalithism as a Manifestation of an Atlantic Celtic Primacy in Meso-Neolithic Europe". *Studi Celtici* 6:13–72.
- . 2008b. *Alguns aspectos da Teoria da Continuidad Paleolítica aplicada à região galega*. Lisboa: Apenas Livros.
- . 2009. *Origens Célticas e Atlânticas do Megalitismo Europeu*. Lisboa: Apenas Livros.
- ALMAGRO-GORBEA, MARTÍN. 2005. "Etnogénesis del País vasco: de los antiguos mitos a la investigación actual". *Munibe* 57:5–24.
- . 2008. *Los Orígenes de los vascos*. Madrid: Delegación en Corte de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.
- CORZO SÁNCHEZ, RAMÓN. 2001. "Bæsippo". En *Tabula Imperii Romani. Valencia*. Hoja J-30. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- CUNLIFFE, BARRY. 2001. *Facing the Ocean: The Atlantic and Its Peoples, 8000 BC-AD 1500*. Oxford: Oxford University Press.
- DE FARIA, ANTÓNIO MARQUES. 2005. "Crónica de onomástica paleo-hispánica (10)". *Revista Portuguesa de Arqueologia* 8(2):273–292.
- . 2007. "Crónica de onomástica paleo-hispánica (12)". *Revista Portuguesa de Arqueologia* 10(1):209–238.
- FERNÁNDEZ PALACIOS, FERNANDO. 2009. "Actualización en onomástica vasco-aquitana". *Palaeohispanica* 9:533–537.
- GORROCHATÉGUI, JOAQUÍN y JOSEBA A. LAKARRA. 2001. "Comparación lingüística, filología y reconstrucción del Protovasco". En *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, edd. Francisco Villar & María Pilar Fernández Álvarez, 407–438. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- HUALDE, JOSE H., JOSEBA A. LAKARRA y ROBERT L. TRASK, eds. 1995. *Towards a History of the Basque Language*. Amsterdam Studies in the Theory and History of Linguistic Science. Series IV, Current Issues in Linguistic Theory, 131. Amsterdam & Philadelphia: John Benjamins.
- LAKARRA, JOSEBA A. 1995. "Reconstructing the Pre-Proto-Basque Root". En Hualde et al. 1995:189–206.

- . 2005. “Prolegómenos a la reconstrucción de segundo grado y al análisis del cambio tipológico en (proto-)vasco”. *Palaeohispanica* 5:407–470.
- . 2006. “Notas sobre iniciales, cambio tipológico y prehistoria del verbo vasco”. *Anuario del Seminario de Filología Vasca “Julio de Urquijo”* 40 (1–2):561–621.
- . 2009. “Forma canónica y cambios en la forma canónica de la lengua vasca: hacia los orígenes del bisilabismo”. *Palaeohispanica* 9:557–609.
- MICHELENA, LUIS. 1990. *Fonética Histórica Vasca*. 2ª ed. San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa. 1ª ed. 1977.
- . 1995. “The Latin and Romance Element in Basque”. En Hualde et al. 1995:137–169.
- MOMMSEN, THEODORUS *et alii* 1863–1916. *Corpus Inscriptionum Latinarum. Inscriptiones Latinae antiquissimae ad C. Caesaris mortem*. Berolini: apud G. Reimerum.
- MORALEJO, JUAN J. 2009. “Hidronimia prerromana de Gallæcia”. En *Onomástica galaega II. Onimia e onomástica romana e a situación lingüística do noroeste peninsular*, ed. Dieter Kremer, 37–90. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- OPPENHEIMER, STEPHEN. 2006. *The Origins of the British: A Genetic Detective Story*. London: Constable and Robinson.
- PIRAS, GIUSEPPE. 2004. “Un *miles* della *cohors III Aquitanorum* in un’iscrizione funeraria proveniente da Ardara (Sassari): nota preliminare”. En *L’Africa romana. Ai confini dell’Impero: contatti, scambi, conflitti. Atti del XV Convegno di Studio, Tozeur, 11–15 dicembre 2002*, edd. Mustapha Khanoussi, Paola Ruggeri y Cinzia Vismara, 1543–1556. Roma: Carocci.
- QUINTANILLA, ALBERTO. 1998. *Estudios de fonología ibérica*. Vitoria: Universidad del País Vasco.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, FRANCISCO. 2008. *Historia de las lenguas de Europa*. Madrid: Gredos.
- SCHULTEN, ADOLFO. 1922. *Avieno, Ora Maritima (Periplo massaliota del siglo VI. a. de J. C.) junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J. C.* Barcelona: Librería Universitaria de A. Bosch; Berlín: Weidmannsche Buchhandlung.
- TRAPERO, MAXIMIANO. 1999. *Pervivencia de la lengua guanche en el habla común del Hierro. Léxico común y pastoril, de la flora y de la fauna y de la toponimia*. Dirección General de Patrimonio Histórico.
- TRASK, ROBERT L. 1995. “Origin and Relatives of the Basque Language. Review of the Evidence”. En Hualde et al. 1995:65–99.
- UNTERMANN, JÜRGEN, ed. 1975. *Monumenta Linguarum Hispanicarum, I: Die Münzlegenden*. 2 voll. Wiesbaden: Dr. Ludwig Reichert Verlag.
- . 1990. *Monumenta Linguarum Hispanicarum, III: Die iberische Inschriften aus Spanien, 2. Die Inschriften*. Wiesbaden: Dr. Ludwig Reichert Verlag.
- VENNEMANN, THEO. 1994. “Linguistic Reconstruction in the Context of European Prehistory”. *Transactions of the Philological Society* 92 (2):215–284.
- VILLAR, FRANCISCO y BLANCA MARIA PRÓSPER. 2005. *Vascos, celtas e indoeuropeos. Genes y lenguas*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

